

Justo de la Cueva Alonso



# No me avergüenzo de ser feliz

**Y**o comprendo que hay mucha gente que va de triste por la vida. Casi profesionalmente de triste. Gente cuya cara es el espejo de su alma. Gente, por ejemplo, con la permanente cara de estreñido físico y mental del Alfonso Guerra. O la del permanente acongojado Landelino Lavilla. O la de permanente «ategoguitado» del Múgica. O la de permanente descolocado del Marcelino Oreja.

Aquí, en Euskadi, hay gente a mogollón que va de triste por la vida. Los votantes y los militantes de UCD, por ejemplo. O los del PCE-EPK. O los del PSOE o los de la IPS-EE, alucinados con su show de las fianzas y su fastuosa concentración de Armintza (la más grande que vieron los siglos). O los del PNV, abrigados con su resistente y maravilloso Estatuto-todo-terreno, que lo mismo vale para un roto que para un descosido, el papelín utilísimo de los mil usos, algo así como esas navajas que también son cortañas y lima y sacacorchos y destornillador y cortapuros y descapullador y abrelatas y abrebotellas y...

Sé bien, por tanto, que ir de triste por la vida es frecuente. Es más. En muchos casos lo comprendo. Porque con los papelines que algunos asumen lo raro sería que se rieran. Sería algo así tan raro como lo de la hiena. Que de qué coño se ríe si trabaja de noche, como mierda y jode una vez al año.

Pese a ello, no me avergüenzo de ser feliz. Lo siento por el que le pique pero no me avergüenzo.

Da la casualidad de que tengo buenos, excelentes, motivos para serlo.

Como los tengo para ser optimista.

Y como, por lo que con frecuencia me dicen, parece que le debo a bastantes una explicación, pues me pongo y voy a dársela.

Punto primero: Repito que ser optimista no es ser tonto.

Ni ciego. Ni sordo. Ni consiste en ignorar los problemas y las dificultades y las carencias y las dolencias. Ser optimista es, fundamentalmente, ser radical. Apostar siempre al óptimo. No conformarse con menos que con lo mejor. No estar dispuesto a trapichear, a chalanear, a vender la primogenitura por un plato de lentejas, a cambiarle al listillo del colonizador la tierra de uno, la dignidad de uno, la libertad de uno por unos collares de lentejuelas o un cuchillo de latón, por una tele en color o un video o un «Panda» o un Estatuto descafeinado y capado.

Ser optimista es exigir el óptimo. Ser radical. No admitir «términos medios», «terceras vías», «todos tenemos que ceder un poco» etc. etc.

Un optimista hoy no es más que un pesimista bien informado. Bien informado, por ejemplo, de que el bloque de clases dominante a escala planetaria, el puñado de

capitalistas que controlan los mandos de la nave espacial Tierra, están ya convencidos de que no saben dirigirla, confiesan su impotencia, aceptan que no tienen soluciones, admiten que sus recetas y sus métodos llevan al desastre colectivo.

La revolución socialista no es pues, hoy, una utopía. O una mera esperanza. O un mero querer algo mejor que otra cosa peor. Eso pudo ser así en el siglo XIX. Pero hoy la revolución socialista a escala planetaria es una necesidad absoluta de supervivencia. Los pesimistas bien informados, los optimistas, exigimos hoy el óptimo de la revolución socialista y confiamos en hacerla porque sabemos que la alternativa ya no es hoy sólo la barbarie del sistema capitalista, sino la destrucción del hombre sobre la tierra. Y de buena parte de la Tierra con él.

Además de los motivos íntimos, (mi compañera, mis hijos) que aunque absolutamente vitales no detallo por íntimos, tengo motivos «públicos» para ser feliz. Y es que vivo en Euskadi. Lo cual significa que estoy formando parte de un pueblo en marcha movido por una clase no derrotada. Y es difícil expresar con palabras lo que eso significa. La cálida esperanza que impregna los días y las horas de uno. La profunda satisfacción de sentir que uno está en su sitio. Donde debe. Con su gente. Peleando hacia la victoria. Miguel Castells acaba de publicar un libro espléndido («Radiografía de un modelo represivo») que recomiendo vivamente. Donde describe, cuantifica y analiza al huracán de sañuda violencia que el Estado nazi-fascista español desencadena sobre la vasca gente. Yo recorro ahora Euskadi dando charlas. Y veo a los vascos alegres y exultantes bajo ese huracán de violencia represiva. Con una alegría profunda, unas ganas de vivir, una capacidad para el goce, una hedonista explosión colectiva literalmente increíbles.

**H**ombres que son hombres. Mujeres que son mujeres. Seres humanos, no muñecos. Personas y no títeres sollozantes o sumisos. Socarrones los unos, serios los otros. Tragaldabas junto a ascéticos vegetarianos. Gente. Gente de verdad. Gente agobiada de problemas, luchando a brazo partido con el paro o con un salario insuficiente. Sobrellevando el peso de tener preso al compañero o a la compañera, al hijo o a la madre. Pero magníficos en su rotunda humanidad. Broncineos en su firmeza. Espléndidos en su entereza. Sin dengues de heroísmo que frivolicen sus muchas veces heroica andadura.

Vivir con esa gente, luchar con esa gente, ser compañero de esa gente es razón suficiente para ser feliz.

Y no me avergüenzo de serlo.

Y, además, estamos ganando.